

LA LÍNEA DE SOMBRA Y EL CRUCE DE LOS UMBRALES EXISTENCIALES

GERMÁN DARÍO VÉLEZ LÓPEZ

Universidad EAFIT, Colombia

gdvelez@eafit.edu.co

ABSTRACT

Joseph Conrad's novel *The Shadow Line* narrates a fundamental event in life, whereby a young sailor who has just left his position as second mate on the pretext of returning to his homeland is appointed, in a singular twist of fortune, captain of a ship that is stranded in Bangkok waiting to be taken to Sydney. Particular circumstances of that voyage will make the young captain have to resign the initial destination and manage to bring the ship and crew safely to the port of Singapore. The purpose of our reflection is to show that this work gives access to a human experience that has the form of an existential event, that is to say, that has the character of the singular and determining for a human life, and that is not reduced to what we could consider merely episodic, since it has the power to alter its course, leading it towards its own form of realization, through an alteration, change or transformation that I will call "crossing of existential thresholds". I'm interested in showing in what way these thresholds are constituted, or in what way they can be recognized in orders such as time, space and language.

KEYWORDS

Existential threshold, language, temporality, Aristotle.

INTRODUCCIÓN

1. La física y la idea de umbral existencial

Dentro de la producción de Conrad la novela titulada *La línea de sombra* es un fruto tardío. Escrita a los 58 años, esto es, 10 años antes de su muerte y después de haber publicado sus novelas más reconocidas (*El corazón de las tinieblas* (1899), *Lord Jim* (1900), *Nostromo* (1904), *Victoria* (1915)). *La línea de sombra* narra una peripecia fundamental en la existencia, por la cual un joven marinero que acaba de abandonar su puesto de segundo oficial con el pretexto de volver a su tierra natal es nombrado, en un giro singular de la fortuna, capitán de un barco que se encuentra varado en Bangkok esperando ser conducido a Sídney. Circunstancias particulares de

esa travesía harán que el joven capitán tenga que resignar el destino inicial y consiga a duras penas llevar a salvo embarcación y tripulación al puerto de Singapur. Esta obra será para nosotros un punto de partida y un modo poético de acceso a una experiencia humana que tiene forma de acontecimiento existencial, es decir, que tiene el carácter de lo singular y determinante para una vida humana, y que no se reduce a lo que podríamos considerar meramente episódico, puesto que tiene la fuerza de alterar su rumbo, conduciéndola hacia una forma propia de realización, a través de una alteración, cambio o transformación que denominaré “cruce de umbrales existenciales”. Se trata, por otra parte, de una experiencia característica de toda vida humana, y que reconocemos de manera fáctica en situaciones que le imprimen un movimiento merced al cual la complejidad humana en su conjunto se modifica al cruzar el umbral existencial.

Mediante el término umbral existencial quiero aludir a una configuración temporal y espacial, algo cercano a lo que Bajtín denomina un cronotopo, susceptible de referir un espacio-tiempo de tránsito, de cambio, así como la idea misma de cambio vital o de la existencia. Con el fin de imprimirle una orientación específica a mi reflexión, que pueda valer también como camino hermenéutico en la lectura de la novela de Conrad, partiré de algunos elementos de la *Física* de Aristóteles. Haré un uso relativamente libre y en muchos casos solamente alusivo a la obra de Aristóteles, sin ocuparme por ahora de una exposición detallada de los mismos, siguiendo las lecciones del estagirita más como incitaciones a pensar lo propio de todo cambio, de toda alteración y en últimas de todo movimiento de la existencia que la compromete en su conjunto.

Para un lector contemporáneo esto puede parecer arbitrario. Para superar mínimamente la perplejidad que esta decisión pueda acarrear quisiera indicar que *Física* es en Aristóteles un título para lo existente en su conjunto, y no solamente para lo que hoy en día llamamos física, o ciencia matemática de la naturaleza. En la *Física*, que en realidad son un conjunto de lecciones recopiladas por uno de sus discípulos, el Estagirita habla de lo existente en tanto que sujeto al cambio, en tanto que mutable. El movimiento, o más precisamente, el cambio (*metabolê*), es fenómeno determinante de lo ente en su conjunto, y no solamente el movimiento en el que regularmente pensamos cuando consideramos las cosas desde la óptica de la física, el desplazamiento o el cambio de lugar de los cuerpos. La física de Aristóteles piensa la *physis*, es decir, el conjunto de lo existente, como un conjunto sometido a diversas formas de cambio, entre ellas el movimiento de traslación, pero también las alteraciones, y las transformaciones en sentidos más amplios y generales, cuyo límite sería la generación y la destrucción misma del ente.

Dentro de los elementos básicos que nos ofrece la *Física* (Aristóteles, 1988) para pensar ese movimiento existencial que es el cruce del umbral podríamos considerar los siguientes: 1) la idea de privación o *stéresis* como punto de partida en cierto modo abierto, indeterminado y negativo del movimiento (Aristóteles, 1988, 191b10, p. 117), 2) la idea del movimiento mismo como actualidad (*energeia*) de lo potencial (*dynamis*) en cuanto tal (Aristóteles, 1988, 201a25, p. 179), y en tanto lo potencial en acto (*entelechia*), en cierto modo incompleto (*atelés*), pudiendo ser siempre todavía algo que aún no es, 3) la idea de que el movimiento debe ser pensado en relación con el lugar, el vacío y el tiempo (Aristóteles, 1988, 200b20, p. 176) y por último, 4) la distinción entre cuatro clases de movimientos (tres, según Aristóteles, pues el cuarto, no lo considera estrictamente como un movimiento al carecer de uno de sus principios: el sustrato): movimiento cualitativo, cuantitativo, local y generativo (Aristóteles, 1988, 226a20, p. 307).

En la reflexión que propongo me ocuparé especialmente de los puntos 1 y 3: la *stéresis* de un lado, como principio del cambio, y la relación intrínseca del movimiento con el tiempo, el vacío y el lugar, anticipando desde ahora, que propondré como tesis central la idea de que el lenguaje y su realización como palabra es la solución al problema del vacío y el lugar en el cruce del umbral existencial.

2. Poética de la *stéresis*

Una segunda aproximación a la idea de umbral es, como cabría esperar, poética, es decir, literaria. Desde la nota que Conrad pone como prólogo a su novela, cuando comenta que el título previsto inicialmente para su obra “Primer comando”, fue cambiado después por aquel con el que hoy la conocemos, “La línea de sombra”, expone de modo directo cuál consideró que fue el propósito central: “Principalmente, el objetivo de este escrito era la presentación de ciertos hechos que ciertamente estaban asociados con el cambio de la juventud, despreocupada y ferviente, al período más auto-consciente y más agudo de la vida madura.” (Conrad, 1991, p. 10). Conrad se propuso presentar hechos asociados al cambio de la juventud a la madurez, hechos que se cumplen en un tiempo que media entre los puntos extremos y antagónicos del cambio, entre la juventud y la madurez del protagonista y narrador de la novela. Nosotros designamos “umbral existencial” al momento, característico de este y de otros cambios en la vida humana, en que se inicia la transformación. El umbral es, entonces, el lapso inicial del cambio. El título “La línea de sombra”, designa poéticamente ese lapso y en cierto modo lo materializa en el lenguaje y mediante el lenguaje, dándole la consistencia precaria, paradójica, de la sombra. El umbral es, según lo expresado, la dimensión en la que despunta o se anuncia un cambio que afectará a la existencia en su conjunto, que modificará la

compleción existencial de una vida humana. Es una dimensión existencial en sentido heideggeriano, esto es, le pertenece la existencia humana como posibilidad, como poder-ser. El umbral es dimensión potencial, que se actualiza como transformación, como tránsito del existir. En este sentido hacen parte del umbral dos modos de ser, o incluso un no-ser como privación y un ser. Expresado en términos matemáticos podríamos decir que el umbral es un intervalo semi-abierto a la izquierda: va de la privación (*stéresis*) al ser determinado¹. Por ejemplo, de la despreocupación a la auto-consciencia, del fervor a la agudeza, de la impericia a la experiencia. En el extremo izquierdo hay una apertura existencial en el sentido de lo no determinado, expresado en el lenguaje mediante el sufijo negativo o privativo. El cambio se cumple y en ello es, diríamos, un intervalo cerrado a la derecha. Esta puede ser una manera de leer a Aristóteles cuando propone:

Con respecto al fin del cambio, lo que llamamos primer «cuando» existe realmente y es; pues un cambio puede realmente ser completado y hay un fin del cambio, y se ha mostrado que este fin es indivisible por ser un límite. Pero con respecto al comienzo no lo hay en absoluto, pues no hay un comienzo del cambio ni hay un primer «cuando» en el que comenzó el cambio. (Aristóteles, 1988, 236a10, p. 359)

Podemos decir que el cambio acaece en el umbral, en el entre, en el que puede asumir esa dimensión de no completitud, *ateles*, con que lo caracteriza Aristóteles. Pero también podemos afirmar que hay un umbral del cambio, es decir, un inicio, un comienzo del cambio, comienzo abierto como propone el estagirita. Indeterminación abierta, privación e incompletitud en el umbral del cambio son “atributos” negativos. El umbral comporta a su modo una negación, un no-ser que posibilita el ser de otro modo. La sombra es, insistimos, la expresión poética de esa negatividad parcial, relativa y constitutiva de toda transformación. Hay en el umbral una nihilidad peculiar, una sombra del ser proyectada sobre la existencia. Hay una línea de sombra. Nuestro propósito ahora será indagar acerca de la paradójica constitución del umbral, de su, en apariencia, contradictorio modo de ser, puesto que preguntamos, en el fondo, cómo es el no-ser en el que se precipita la existencia cuando cambia, o del que se desprende al ingresar en el umbral del cambio. ¿Cómo es la sombra que proyecta el ser sobre la existencia en el umbral de todo cambio?

¹ Según la definición topológica, para dos números reales a y b , tales que a es menor que b , se llama intervalo abierto a la izquierda y cerrado a la derecha al conjunto $(a, b]$ de todos los x que pertenecen al conjunto de los números reales, tales que x es mayor que a y menor o igual a b .

1. TIEMPO

1. La significación del “momento”

Volvamos, entonces, a la obra de Conrad y reconozcamos una vez más en su lenguaje el modo de ser de “la línea de sombra” y a partir de él miremos de qué modo los elementos de la *Física* pueden ofrecernos indicaciones hermenéuticas suplementarias:

Sólo los jóvenes conocen momentos semejantes. No quiero decir los muy jóvenes, no; pues éstos, a decir verdad, no tienen momentos. Vivir más allá de sus días, en esa magnífica continuidad de esperanza que ignora toda pausa y toda introspección, es el privilegio de la primera juventud.

Cierra uno tras de sí la puertecita de la infancia y penetra en un jardín encantado. Hasta sus mismas sombras tienen un resplandor de promesa. Cada recodo del sendero posee su seducción. Y no a causa del atractivo que ofrece un país desconocido, pues de sobra sabe uno que por allí ha pasado la corriente de la humanidad entera. Es el encanto de una experiencia universal, de la que esperamos una sensación extraordinaria y personal, algo de uno mismo.

Uno continúa reconociendo los hitos de los predecesores, excitados, contentos, aceptando tales como se presentan la buena suerte y la mala -las de cal y las de arena, como reza el adagio-, el pintoresco destino común que tantas posibilidades guarda para el que las merece, cuando no simplemente para el afortunado. Sí; caminamos, y el tiempo también camina, hasta que, de pronto, vemos ante nosotros una línea de sombra advirtiéndonos que también habrá que dejar atrás la región de nuestra primera juventud. Éste es el período de la vida en que suelen sobrevenir aquellos momentos de que hablaba. ¿Cuáles? ¡Cuáles van a ser!: esos momentos de aburrimiento, de cansancio, de insatisfacción; momentos de precipitud. (Conrad, 1991, 15)

Sabemos que Aristóteles examina en el libro IV de la *Física* las múltiples relaciones entre movimiento y tiempo proponiendo, entre otras, la definición clásica según la cual “el tiempo es el número del movimiento, según el antes y el después” (Aristóteles, 1988, 219b, p. 271). Aunque el movimiento pudiera ser sin el tiempo, sería inconmensurable. El tiempo es, en este sentido, la posibilidad de establecer una cierta estructura en el movimiento, una de cuyas posibilidades es la conmensurabilidad. En las primeras líneas de la novela de Conrad salta a la vista también el carácter al mismo tiempo cinético y temporal inherente a la experiencia del umbral en la línea de sombra. La palabra clave “momento” está emparentada con movimiento, *momentum*. Pero no se trata de una experiencia formal y externa del tiempo y del movimiento, sino de un tipo particular de experiencia temporal, de momentos señalados, destacados. El momento sobreviene en un período de la vida, es, por decirlo así, tiempo en el movimiento, pero ¿cuál es la naturaleza del

momento y qué relación tiene con el cambio? La experiencia narrada confirma la solidaridad entre tiempo y movimiento reconocida por Aristóteles, aunque sea de un modo aparentemente formal y externo: “[C]aminamos, y el tiempo también camina... hasta que...”, hasta que en cierto sentido cambia su marcha, se entorpece la marcha, se vuelve denso el tiempo, casi se detienen, porque “de pronto, vemos ante nosotros una línea de sombra”.

La línea de sombra está más allá de la infancia y también más allá de la primera juventud. El paso a lo que Conrad denomina primera juventud es marcado por una imagen peculiar: cerrar la puerta de la infancia. Tiene de significativa esta imagen que el paso a la primera juventud no se da como apertura sino como cierre de lo que en cierto modo la niega. El ingreso en la juventud implica una especie de rechazo de la infancia. Hay que cerrar la puerta, mejor, hay que tirar la puerta. Por otra parte, hay un cierto déficit característico de este período: lo temporal no ha constituido una experiencia destacada del momento. Los muy jóvenes no conocen momentos semejantes. Este juicio nos obliga a reconocer una densidad existencial específica de la temporalidad del momento del cual nos habla Conrad. Su momento no es cualquier ahora. El momento es el tiempo existencialmente modulado o templado por el sentimiento: de hastío, de cansancio, de descontento. La modulación afectiva del tiempo le imprime un ritmo o lo hace correlato de un ritmo, mejor, de un movimiento. Por otra parte, el momento afectivamente templado es la introducción de cierto régimen negativo en la dimensión temporal. La experiencia de la discontinuidad que se opone por primera vez quizás a la “magnífica continuidad de esperanza que ignora toda pausa y toda introspección”.

El tiempo camina junto a nosotros hasta que sobreviene algo que, siendo de orden temporal, en cierto modo suspende su marcha: el momento. El momento es tiempo dentro del tiempo, así como el abandono de la primera juventud es movimiento dentro del movimiento de la existencia. Pero en esta doble inclusión en la serie paralela de tiempo y movimiento se correlacionan el movimiento continuo y el tiempo continuo de la primera juventud, con el tiempo como momento templado y el movimiento como cambio y superación de la primera juventud. No parece haber una precedencia del umbral del cambio sobre el tiempo de cambio: línea de sombra y momento se presentan simultáneamente, indicándonos quizás, de qué modo esa peculiar consistencia del tiempo designada como momento, es aquella mediante la cual experimentamos en primer lugar el número del movimiento, es decir la magnitud del movimiento de la existencia. En esta medida no se trata, pues, de cualquier momento, sino de aquellos momentos...de aburrimiento, cansancio, insatisfacción. La medida del movimiento está dada, según vemos, por el tiempo, y de un modo aparentemente congruente con la tesis del estagirita, pero evidentemente

hay algo más que la ficción narrativa desformaliza, o también diríamos, algo en lo que la dimensión formal encuentra una instancia existencial, a saber, el temple anímico que califica simultáneamente al tiempo y al movimiento: aburrimiento, cansancio, insatisfacción. El umbral del cambio, en el sentido del intervalo abierto a la izquierda, al inicio, o según lo anterior, es un umbral afectivamente templado y el temple anímico, por su parte, comporta esa dimensión de privación con que Aristóteles caracterizó el principio del movimiento: privación de la alegría, del ímpetu, de la satisfacción.

Concluyendo esta primera aproximación a la dimensión temporal, podemos decir que en la experiencia del momento avistamos el umbral existencial como línea de sombra. Adicionalmente, la experiencia temporal modulada por el sentimiento es la condición de apertura en la que se anuncia la línea de sombra. Hay, por decirlo así, un umbral del umbral. El momento anímicamente templado es el umbral del umbral. Sin la experiencia de semejantes momentos no se muestra ante nosotros la línea de sombra. La línea, por su parte, como umbral existencial, es una advertencia: “habrá que dejar atrás la región de nuestra primera juventud” y con ella, quizás, controvertir o poner a prueba las primeras posiciones ganadas a propósito de nosotros mismos.

2. La significación de “la demora”

Hay en el planteamiento narrativo de Conrad un segundo “momento”, una segunda experiencia del tiempo que de alguna forma también hace parte del umbral existencial del cambio y que merece ser reconocido e integrado dentro de la comprensión general del movimiento existencial como elemento temporal característico. Se trata de la experiencia de la demora [*delay*].

La demora como experiencia temporal se instala en el umbral de manera pertinaz, insistente. En primer lugar porque la asignación del título de capitán se demora. El joven marinero que recién ha abandonado el puesto de segundo y que ahora espera en tierra, sin saber si retornará a su tierra natal, ha sido ya designado por tomar el mando de un barco. Pero la palabra que lo designa no llega hasta él, se extravía, es interceptada por intereses mezquinos de oficiales en puerto que quieren ellos a su vez, hacerse con el mando. El joven marinero ha sido designado, pero el mando no ha descendido sobre él, porque la carta que se lo confiere no llega a sus manos. Entonces él es y no es capitán. Su situación es indiscernible, porque la carta, como se dice en francés, es una *lettre en souffrance*, no llega a su destino, aunque eventualmente lo hace. No estamos leyendo una novela kafiiana.

Finalmente, nuestro héroe recibe nominalmente el mando del barco. Pero es un mando abstracto, está escrito en un papel, pero no ha sido aún ejercido. El jefe del

puerto de Singapur, el Saturno de los mares de oriente, el capitán Ellis lo ha nombrado capitán de un barco que tiene que ir a rescatar del puerto de Bangkok y llevar a su destino, aparentemente en Australia, cruzando el océano indico. El joven capitán recién nombrado aborda su nave y quiere ejercer su mando, pero por segunda vez se demora, no puede confirmar el mando en un acto de comando, porque el barco no se mueve del puerto, primero por razones administrativas, luego por un brote de malaria de la que se contagia el segundo, Mr. Burns. En este momento, la palabra “demora” asciende con más fuerza aún como segunda experiencia temporal asociada al umbral existencial: “La palabra “demora” penetró en un rincón secreto de mi cerebro y resonó allí como una campana agitada que enloquece el oído, afectando todos mis sentidos, tomando un color sombrío, *un gusto amargo, un sentido funesto.*” (Conrad, 1991, 91 (énfasis nuestro))

Que la demora hace parte del umbral, es algo que expresa poéticamente el narrador de un modo directo: la palabra adquiere un color sombrío. Incorpora, por decirlo así, la cualidad del umbral. Como demora, retraso, estancamiento, parece ser una experiencia contraria al cambio. Pero justo en este sentido nos parece que corresponde de un modo más propio al principio del cambio como privación. La demora es la *stéresis* específicamente temporal del cambio mismo, es con ello el tiempo del umbral del cambio. En inglés *delay* viene del francés *delayer*, que significa diluir, disolver, estirar, dilatar. La demora, como tiempo que se dilata o estira, parece algo cercano a la experiencia que San Agustín designa como *distentio animi*, experiencia del tiempo mismo. En la demora en la apropiación del mando el joven capitán experimenta la temporalidad misma a la que tiene que plegarse su ser, la experiencia de tener que vivir el tiempo de maduración, como algo que escapa a su dominio, como mando del tiempo anterior a su comando. La demora, leída de este modo, muestra que el tiempo es lo que originariamente dispone, concede, procura cualquier forma de mando humano, el cual es por ello siempre un co-mando del tiempo.

La demora nos dice que el cambio no puede precipitarse, que el cruce del umbral existencial no responde al voluntarismo de un agente, del sujeto del cambio. Que éste, más bien, está sujeto al umbral mismo como aquello que dispone y gobierna el cambio, y que esa sujeción es lo que subjetiviza al agente, al *hypokeimenon* del cambio, al joven capitán. Tal subjetivación acaece de modo si se quiere violento: como el ingreso de una palabra que comienza a resonar en el cerebro, que afecta los sentidos, que infunde un gusto amargo y un sentido funesto. El tono dramático no es, sin embargo, melodramático, aunque haya algo funesto en el umbral: el cambio implica abandonar la primera juventud, dejarla atrás, y en ese sentido, volvemos a

reconocer la función de lo negativo en todo cambio, función que existencialmente designa el narrador con el término “funesto”.

3. *El lugar y el vacío*

El momento y la demora son las primeras determinaciones del umbral del cambio existencial. Son las determinaciones temporales más prominentes y que circunscriben a su modo esa negatividad, privación o *stéresis* en la que Aristóteles reconoce uno de los principios del cambio. Nosotros sintetizaríamos con gusto la *stéresis* y lo temporal, pues aunque lo temporal no es en el estagirita principio del cambio, es algo que necesariamente se da en el cambio y se da en experiencias temporales dominadas por un régimen negativo o de privación. Pasemos ahora a las otras dos determinaciones del movimiento: el vacío² y el lugar.

Evidentemente tenemos, en cierta medida, que tomar de Aristóteles las indicaciones acerca del vacío y el lugar de modo muy formal e indicativo, realmente como aquello que Heidegger designaba “indicaciones formales”, pues el fenómeno del umbral existencial tal como lo apreciamos en la narración de Conrad depende de una configuración histórica de lo existente que Aristóteles no tenía ni podía tener a la vista. Esto es particularmente determinante para las experiencias del vacío y del lugar en un mundo que no está configurado a la manera del cosmos antiguo. No voy a detenerme por ahora en este punto, pero quiero dejar constancia de las importantes aclaraciones aportadas por los análisis de la profesora Luz Gloria Cárdenas, en los capítulos VI y VII de su libro *Retórica y emociones. La constitución de la experiencia humana del lugar*, al discernimiento de la naturaleza del lugar cuando se lo piensa como *topos* y no como *chora* (espacio), en el esclarecimiento del movimiento existencial. (Cárdenas, 2015, 103, 115)

El vacío es un elemento del umbral, y nuevamente, en la lógica que intentamos articular, comporta también una peculiar nihilidad que caracteriza al umbral y de la que en cierto modo depende su dinámica. Conrad lo introduce casi al comienzo de la novela, para indicar aquello que motivó al joven marinero a abandonar de manera precipitada el puesto de segundo oficial con el pretexto de volver a su tierra natal, se trata de “huir de la amenaza de vacío” [*to flee from the menace of emptiness*] y

² Introduzco este matiz, porque la cuestión del vacío como característico del movimiento es discutible en las lecciones de Aristóteles. Parece que en última instancia el filósofo le niega al vacío una función determinante en la *kínēsis*. Dejamos, pues, esta cuestión abierta, y la tomamos como indicación fenomenológica para la interpretación, forzados por “las cosas mismas” como diría Husserl, puesto que en nuestro caso, la cosa es la experiencia del joven marinero, y en ella el vacío, como veremos, desempeña un papel en el umbral existencial.

vuelve a mencionarlo, en una analepsis de este momento inicial, cuando ya nombrado capitán de su barco, contempla por vez primera su velero:

Sí, él era. La vista de un casco y su aparejo me llenaron de una gran alegría. Aquel sentimiento del vacío de la vida que tanto me había inquietado los meses anteriores, perdió de pronto *su amarga razón, su poder nefasto*, ahogándose en la corriente de una emoción dichosa. (Conrad, 1991, 72)

Primero, pues, como aquello que lo amenaza y lo obliga a un movimiento precipitado, desesperado, abandonar su oficio, su puesto de segundo oficial y, luego, el momento en que reconoce su presencia postrera, su desvanecimiento, ante la contemplación de su propio barco, como cristalización objetiva de su mando. Al referirse de manera retroactiva al vacío, nuestro héroe emplea, por otra parte, los mismos adjetivos para calificar al vacío con los que se había referido un poco antes a su experiencia de la demora: amargo y funesto.

No se trata, pues, como bien lo expresa nuestro narrador, de cualquier vacío, o de un vacío meramente formal, sino del sentimiento de vacío de la vida [*feeling of life-emptiness*], que destila ese sabor amargo y ese poder nefasto. El cruce del umbral existencial implica esta doble presencia del sentimiento del vacío de la vida, el sentimiento emergente y el sentimiento desvaneciente del vacío que parecen circunscribir el intervalo abierto a la izquierda con el que caracterizamos el umbral mismo. El primer sentimiento de vacío, el sentimiento del vacío emergente es al mismo tiempo indeterminado y movilizante. Le imprime al ser un empuje que se traduce en el movimiento de huida. El joven marinero huye ante la amenaza del vacío, y parece sólo detenerse cuando la amenaza cesa enfrente de su comando, cosa que le revela en cierto modo la experiencia directa, corporal podríamos decir, aunque desplazada por el juego retórico en el que se ven envueltos los modos de expresión de la experiencia: el vacío comporta una razón y un poder que han obrado al comienzo, en el umbral del cambio, pero que mudan de signo, al desaparecer de ellos el carácter amargo y nefasto. El joven deja de huir, y solo al dejar de huir puede ingresar en la dimensión plena del umbral existencial. La vista de su barco, como primera cristalización del mando, como primera objetivación del mando no cierra el intervalo, sino que anuncia el ingreso en la línea de sombra, en el cambio propiamente dicho.

2. EL LUGAR VACÍO EN EL LENGUAJE

1. *El lugar vacío del lenguaje*

La primera experiencia de vacío es, como queda dicho, la del sentimiento del vacío de la vida. Sentimiento en principio indeterminado, en el momento de su emergencia, y que precipita un movimiento de huida que conduce al joven a su destino, al encuentro con su mando, lo cual, de modo simétrico y, por decir así, *après coup*, nos indica el sentido del sentimiento de vacío. Para decirlo con un juego de palabras: el sentido del sentimiento de vacío es el sentimiento de vacío de un sentido, pues parece colmado y sosegado ante la visión de su barco, como primera objetivación en la distancia de la mirada, de su realización como capitán. La realización misma implica el ingreso en y el cruce de la línea de sombra o del umbral existencial, y se produce como una dislocación y rearticulación del lenguaje cuyo correlato es el mundo marítimo como *topos*, como lugar en el que acaece propiamente el cruce del umbral.

La dislocación del lenguaje comienza con una primera experiencia que reitera el vacío, pero trasladado esta vez del ámbito de los sentimientos, del temple anímico, al del mundo circundante:

Después de la puesta del sol, volví a subir al puente. Sólo encontré en él vacío y silencio. La delgada y uniforme corteza de la costa permanecía invisible. Las tinieblas se habían levantado en torno del barco, como surgidas misteriosamente de aquellas aguas mudas y solitarias. Me apoyé sobre la barandilla y presté oído a las sombras de la noche. Ni un sonido. Hubiérase podido creer que mi barco era un planeta lanzado con vertiginosidad por su senda prefijada, a través de un espacio infinitamente silencioso. Como si me abandonase el sentido del equilibrio, me agarré a la batayola. ¡Qué absurdo! Nerviosamente, pregunté:

—¿Hay alguien en el puente (Conrad, 1991, 101)

El ingreso pleno en el umbral está marcado por esta pérdida del equilibrio, que no debe ser vista como un debilitamiento interno o subjetivo, sino como el modo de corresponder existencialmente al desvanecimiento del mundo circundante, a un primer quiebre de la significatividad, y por tanto, una primera fisura en el lenguaje. El joven capitán, como Pascal, experimenta la desazón de los espacios infinitamente silenciosos, en medio de las sombras de la noche, que infructuosamente ausculta. A partir de este momento el mundo circundante del marinero pierde la familiaridad que lo caracterizaba, se vuelve, para usar un término que hemos aprendido a escuchar con cierto acento existencial, primero de Freud, luego de Heidegger, como *unheimlich*, siniestro, no familiar, casi *atópico* diríamos. Inmovilidad, compacidad, indescriminabilidad califican esta experiencia:

Mi barco [my command] parecía tan inmóvil como un modelo en miniatura sobre el claroscuro de un mármol bruñido. En aquella misteriosa calma de las fuerzas inmensas del mundo, era imposible distinguir la tierra del agua. (Conrad, 1991, 103)

El régimen familiar del signo queda en suspenso, y correlativamente comienzan a debilitarse distinciones básicas en la realidad, asociadas íntimamente al lugar de la experiencia: la tierra y el agua. La destitución del signo, del régimen familiar de significación prosigue su marcha devastadora, mientras el barco queda estancado como en un mar de mármol bruñido. Esto lo podemos resumir en una fórmula: el barco está sin mando.

Me siento como si hubiesen descubierto todos mis pecados; pero supongo que esta desazón es debida a que el barco continúa inmóvil, sin mando, y a que no tengo nada que impida a mi imaginación el extraviarse entre las imágenes desastrosas de las peores eventualidades que pueden caer sobre nosotros. (Conrad, 1991, 139)

En torno a la ausencia de mando se constituyen las demás ausencias del lenguaje en el punto más agudo del cruce del umbral:

Las pocas estrellas que brillaban sobre nuestras cabezas, sólo arrojaban sobre el navío una luz oscura, sin dejar sobre el agua ningún reflejo, como rayos aislados atravesando una atmósfera convertida en hollín. [...] [E]l mar parecía haberse vuelto sólido.

[...]

Avancé a mi vez y, saliendo del círculo de luz, entré en aquellas tinieblas, que se erguían ante mí como un muro. Con un solo paso, penetré en ellas. Tales debieron ser las tinieblas anteriores a la creación. Habiéndose cerrado tras de mí, me sabía invisible para el timonel. Tampoco yo veía nada. El estaba solo, yo solo, cada uno solo en su puesto. Igualmente, habíase borrado toda forma: arboladura, velas, aparejo, batayola, todo se había desvanecido en la horrible densidad de aquella noche absoluta. (Conrad, 1991, 147)

Hay en el cruce del umbral existencial una dimensión disruptiva, traumática si se quiere. El cruce del umbral, como puede quizás colegirse de los fragmentos que acabo de citar, no acaece sin una interrupción del lenguaje, una especie de daño o menoscabo, que en cierta medida es correlativo de una desarticulación o descoyuntamiento de la dimensión mundana, del *topos* circunmundano que deja sin lugar a la palabra, en el sentido de que suspende la solidaridad del signo. De algún modo la cosa no viene al lenguaje, el lenguaje no condesciende a la cosa, se divorcian, dejan vacío el lugar de la significación.

El mando queda, nuevamente y por razones diferentes a las presentadas en primer término, como una *lettre en souffrance*, un significante sin significado. Lo que se descompone por encima de la cabeza de nuestro héroe es el orden del signo y el joven capitán se entrega a la única experiencia de lenguaje en donde puede habitar

todavía como replegado, el sentido: un diario íntimo. Apelando a su escritura en el diario, puede tolerar el estado de *lettre en souffrance* de la existencia, del significante que no da con su significado, que queda suspendido en el aire, porque la realidad no acude a socorrerlo.

La ausencia de mando, por su parte, puede ser descrita en términos de la pragmática del lenguaje como un déficit perlocutivo, una palabra llamada a hacer algo y que de repente no puede obrar, no tiene consecuencias, resbala por la superficie de lo real, como si estuviera hecha de materia antiadherente. Un colapso del lenguaje que hay que aprender a tolerar, sin llegar a amarlo, como diría San Agustín de las molestias: *tolerare iubes molestias y difficultatis*, pero ¿hasta cuándo? Hasta el momento en que se cierre el intervalo abierto a la izquierda del umbral del cambio, hasta el momento en que se restituye la solidaridad entre la palabra y el acto.

2. Ocupar el lugar de la palabra

Diríamos que en algún momento el capitán tiene que crear el lenguaje, comenzando por la sinapsis elemental de su existencia: el mando. Pero esta sinapsis, esta unión no se entrega espontáneamente, no se da como hecho natural, sino que tiene que ser producida cada vez mediante un acto que depende de la misma voluntad de cruzar la línea de sombra, de sellar con ello la separación definitiva de la primera juventud, al mismo tiempo que deja como huella de ese acto, como sello literal, el significado propio de una palabra que anuda el ser a la existencia y que en esa medida son la raíz misma de la vida: tomar el mando, en el sentido de ejecutar un acto que funde el sentido de un llamado que haga ser la palabra “mando” y el título “capitán” en una decisión que podría calificarse de ex-nihilo, puesto que lo real se resiste a ello, no es dócil al lenguaje y sólo se pliega ante una voluntad que se sostiene ante lo adverso.

Hay, debe haber, una superación del colapso del lenguaje, que corresponde al cruce mismo de la línea de sombra. El segundo, Mr. Burns, conoce las coordenadas del lugar que hay que superar: 8 grados, 20 minutos de latitud norte. Es el lugar donde fue sepultado el antiguo capitán del navío, el antecesor en el mando y que en cierto modo tiene confiscado el poder de la palabra.

El cruce pleno del umbral es la sutura del lenguaje, la reparación del lugar del lenguaje confiscado por el mando del antiguo capitán muerto. Pero esta superación, sutura, reparación no se da así no más. Hemos dicho que se trata más bien de una recreación del lugar, mediante un acto que habría que denominar de un modo mixto, algo que tiene tanto de material como de inmaterial, algo hecho de cuerpo y de sentido, un acto que a falta de algo mejor designamos ahora como corpo-lingüístico, el acto de realizar por vez primera y literalmente contra viento y marea, el mando.

Me parece como si toda mi vida anterior a este día memorable estuviese ya infinitamente lejana de una juventud despreocupada, como si ésta quedase al otro lado de una sombra. [...] Y lo que más me espanta es la sola idea de subir al puente para ordenar la maniobra. Es mi deber con respecto al barco, con respecto a los hombres que quedan sobre cubierta, algunos de ellos dispuestos a dar lo que les resta de fuerzas a una palabra mía. Y he aquí que la sola idea de ello me hace temblar. Y todo por una simple visión. ¡Mi primer mando! (Conrad, 1991, 140)

[...]

Sólo el instinto del marino sobrevivía íntegro en medio de mi disolución moral. Bajé por la escala y me dirigí hacia el castillo de popa. Antes de llegar allí, me pareció que las estrellas se apagaban, pero cuando pregunté con tono tranquilo: “¿Estáis ahí?”, vi surgir en torno a mí unas sombras oscuras, muy confusas, y una voz me contestó: -Aquí estamos todos, capitán. Y otro agregó ansiosamente: -Todos los que servimos para algo, capitán. Aquellas dos voces eran tranquilas y apagadas; a decir verdad, no había en ellas ni exaltación ni desaliento. Eran voces perfectamente naturales. -Es necesario que probemos a ceñir la vela mayor -señalé. (Conrad, 1991, 143)

[...]

-Ahora, amigos míos, vamos a popa para escuadrar con la mayor rapidez posible la verga mayor. Esto es casi lo único que podemos hacer por el barco; y allá él por lo demás. (Conrad, 1991, 144)

En estas palabras del joven capitán se consuma el acto que sella definitivamente el cruce del umbral existencial. Uno se ve tentado a ver en ese acto el ejercicio de una voluntad centrada en un sujeto como agente del mando, pero si miramos con detenimiento lo que nos propone Conrad, la participación de la agencia subjetiva es mínima y no sólo porque la ejecución de la maniobra que salva el barco requiere de la participación de otros, de la tripulación disminuida por la fiebre, de Ransome, el cocinero de débil corazón y gran corazón, del segundo, Mr. Burns, enajenado, sino porque aquello de donde proviene la orden es de lo que denomina el joven capitán como su instinto de marino, lo único que “sobrevivía íntegro en medio de [su] disolución moral”.

Ciertamente la dimensión de agencia yoica, la dimensión de un *cogito* ya está horadada en Conrad, y puede ayudar a reconocerlo toda la dimensión corporal, toda la “sintomatología” psicósomática que acompaña a este tránsito, toda la dimensión de “pasividad” en términos de Husserl. El instinto designa en este punto el ser sedimentado e inconsciente que ejecuta la maniobra corpo-lingüística del mando. Quizás por esta razón el timón, como símbolo del mando, lo toman otros, o lo toman todos, los más débiles en particular, los que están a punto de sucumbir, aquellos que más que marcar un rumbo se apoyan y se sostienen en el timón como lo que todavía les confiere mando. El joven capitán cede al timón durante toda la maniobra y sólo vuelve a él cuando ya ha obtenido el mando, y cuando, habiendo cruzado la línea de sombra siente que ha dejado atrás su juventud.

Una vez en tierra, en el puerto de Singapur, el joven capitán que se ha hecho al mando se encuentra con el capitán Giles, responsable en gran medida de que el joven marinero no se hubiese devuelto a Inglaterra después de abandonar precipitadamente su puesto de segundo, y tienen esta conversación postrera con la que quisiera concluir mi reflexión:

Entramos en el hotel. Con gran sorpresa, descubrí que podía comer con excelente apetito. Luego, cuando hubieron levantado la mesa, relaté toda la historia al capitán Giles, desde mi posesión del mando y bajo todos sus aspectos profesionales y sentimentales. El capitán Giles me escuchaba, fumando pacientemente el puro que yo le había ofrecido.

—Debe usted sentirse ahora terriblemente fatigado —declaró.

—No —le contesté—. No estoy fatigado. Voy a decirle lo que siento, capitán Giles. Me siento viejo. Y debo estarlo. Todos ustedes, los que se hallan en tierra, me hacen el efecto de una partida de jóvenes calaveras, que no han tenido nunca la menor preocupación en el mundo. (Conrad, 1991, 164)

Concluamos, entonces, volviendo a retomar a modo de síntesis los términos de la *Física* que han guiado nuestra reflexión. En cierto modo, la novela al relatar la salida de la primera juventud como situación de *stéresis*, puesto que está privada de una cierta forma que es la experiencia, relata la maduración y envejecimiento del joven capitán. La vejez como opuesta a la juventud, no se entiende en este caso como la pérdida del vigor juvenil, sino como la pérdida de la inocencia y el acceso a un nuevo vigor moral. El envejecimiento no es el tránsito a lo que corrientemente denominamos vejez, o a lo que un cierto orden institución denomina de ese modo. La vejez nombra, en la novela de Conrad, una dimensión existencial a la cual accede el joven capitán mientras cruza la línea de sombra. Se siente viejo puesto que estuvo a la altura de las circunstancias, puesto que pudo sostenerse a la altura de lo que la situación de-mandaba y que merced a esa persistente disposición, con que encara la dimensión temporal del momento y la demora, de un lado, y del vacío en el lugar del lenguaje, de otro, puede hacerse a un mando, que en última instancia es un comando de la existencia. Parfraseando a Heidegger, aquello que le incumbe ónticamente al joven capitán es tomar la vida entre sus manos, cosa que solo es posible cuando en el cruce del umbral, puede finalmente tomar el timón de su velero, porque ha ocupado el lugar de una palabra plena, dejando atrás la veleidad de la primera juventud y haciéndose viejo.

REFERENCIAS

[Aristóteles, 1988] Aristóteles (1988). Física. Editorial Gredos.

[Cárdenas, 2015] Cárdenas, L. G. (2015). Retórica y emociones. La constitución de la experiencia humana del lugar. Editorial Aula de Humanidades, Santafé de Bogotá.

[Conrad, 1991] Conrad, J. (1991). La línea de sombra. Editorial Norma, Santafé de Bogotá.

[Conrad, 1998] Conrad, J. (1998). Three sea stories. Typhoon, Falk, The shadow line. Wordsworth Editions Limited, Hertfordshire.

[Heidegger, 1998] Heidegger, M. (1998). Ser y tiempo. Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

[Husserl, 1997] Husserl, E. (1997). Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro segundo: Investigaciones fenomenológicas sobre la constitución. Fondo de cultura económica.

[Rodríguez, 2021] Rodríguez, A. D. M. (2021). La originariedad de la actitud personalista y el equívoco de la “lupa fenomenológica”. una aportación al debate heidegger-husserl. Investigaciones Fenomenológicas.